

Sacó la consecuencia indubitable
De que tenía aspecto de ministro.
Jovial de la familia se despide,
Franca hospitalidad agradeciendo.
Diana allí estaba, y su delgada mano
Él con las suyas a estrechar se atreve,
Y ni siquiera, su verdugo siendo,
Sintió al partir remordimiento leve.

IV.

El hombre que no puede reformarse, aspira a reformar la sociedad.—
Investigaciones filosóficas.—Su inutilidad.—Carlos se dedica a las
ciencias.—No puede olvidar lo pasado.—Carta de J.***—Deprava-
ción moral de Carlos.—Incidente cuyos detalles más tarde conoce-
rá el lector, y que influyó de un modo funesto en la suerte de la
protagonista.

Del Atoyac en la risueña orilla,
Cerca de Puebla la opulenta, Carlos
Fijó su residencia solitaria.
Llena el alma de tedio y amargura,
Quiso reconcentrarse algunos meses
Para estudiar, observador lejano,
La sociedad a que tornar debía.
Hallábase en la época sombría,
Que casi siempre á la desgracia sigue,
En que todo nos hiere; cuando hallamos
El desprecio pintado en los semblantes,

El odio acaso, por doquiera vamos.
Negando la verdad de los afectos,
Consideró los lazos de familia
Institución ridícula: olvidóse
De aquel dogma inmortal que sólo admite
El tránsito del hombre por la tierra
Cual prueba de dolor, y a nuestros ojos
En lontananza un paraíso pone,
Premio al buen proceder. Vió á los humanos
Cual máquinas juguete de la suerte,
Y su desigualdad chocóle: el rico
Fué para él usurpador injusto
Del tesoro común: hirió su mente
El malestar del pobre, y se decía
Que acaso nivelando la riqueza,
La condición moral nivelaría.
Dado a tan peligrosas abstracciones,
Para romper los eslabones viejos
Con que la sociedad se enlaza, quiso
Estudiar la política: su fuente,
Que es la historia, por él fué sondeada.
Todas las democracias turbulentas,
Los pueblos oprimidos bajo el yugo
De un déspota cualquiera, ante sus ojos
Pasando van, y en las primeras halla
De destrucción cual germen, la influencia
De la ignorante y ambiciosa turba:
Repugnan a su alma generosa
El destierro de Arístides, la muerte
De Julio César. Al tender la vista

Por los pueblos modernos, ve a dos de ellos,
 Que de acatar la libertad se jactan
 Más que los otros, con injusta guerra
 Llevar a China su comercio el uno;
 Eternizar la esclavitud el otro,
 O ya tender la usurpadora garra,
 Valido de la fuerza, al exclusivo
 Dominio de la América aspirando.
 Miró al absolutismo eternamente
 Sobre extorsión y sangre alzar su trono,
 Y aun la aureola de esos hombres raros
 Que encadenar supieron la anarquía,
 Obscurecida a trechos por las sombras
 De su injusticia y su crueldad. No advierte
 Que la felicidad para los pueblos
 En el régimen cífrase adaptado
 A su índole propia, y que inflexible
 A raya tenga a la ambición bastarda
 Y a la virtud y al mérito enaltezca,
 Siempre los adelantos promoviendo
 Y el bienestar común.—Renuncia al cabo
 A sus proyectos de reforma, viendo
 De sus esfuerzos locos la impotencia,
 Y queriendo ser útil a sí mismo,
 Éntrase en los dominios de la ciencia.

Vedle por el jardín, clasificando
 Cuantas hierbas y arbustos allí nacen;
 Su biblioteca vasta consultando
 Para saber si humilde florecilla

Que en el techo brotó de su ventana
 Y que le sirve ahora de recreo,
 Es de las conocidas por Linneo.
 Vedle entre mil volúmenes, sudando
 Por descubrir si los egipcios antes,
 Embalsamaron sus mentadas momias
 Por método difícil o sencillo,
 Con esencia de rosa o de tomillo.
 Vedle con el compás círculos varios
 Trazando en el papel, radios en ellos
 O diámetros y cuerdas y tangentes,
 Y en duda de si un ángulo es agudo
 O si es recto u obtuso, parar mientes.
 Sobre carta geográfica inclinado
 Busca después la latitud de Viena,
 Y, por error o distracción, a Londres
 Quiere hallar del Sahara entre la arena.
 A su tejado sube, que habilita
 De observatorio, y desde allí, cual Newton,
 Nombra y numera las estrellas todas,
 Puesto al rigor del aire y el sereno;
 Y muchas veces, de entusiasmo lleno,
 Suda y se desespera ¡hombre infelice!
 Anhelando entre cien constelaciones
 La Cabellera ver de Berenice.

Así cuando en sus alas la memoria,
 Tendiendo el vuelo a los antiguos días,
 Sólo trae recuerdos de amargura,
 Para olvidar su dolorosa historia

Con avidez ocupaciones frías
 En su aislamiento el hombre se procura;
 Pero su distracción muy poco dura,
 Que, al creerse curado, si la puerta
 Abre del corazón, ve que allí moran
 Vivo el dolor y la esperanza muerta!

Era la noche, y entregado al sueño
 Carlos, su acalorada fantasía
 De lo pasado la engañosa imagen
 Ante sus ojos con afán ponía.
 Otra vez a su lado está Diana
 Inocente y leal; sus trenzas blondas,
 Su rostro de ángel, su flexible talle,
 Del lago azul en las inquietas ondas
 Ve reflejarse, y su amoroso acento
 De nuevo resonaba en sus oídos,
 De su fe con el dulce juramento;
 Mas de repente aléjase la joven
 Y de seguirla Carlos trata en vano,
 Que un poder invisible le detiene,
 Ella el rostro volvió para decirle:
 «Cuando yo estaba enferma y te pedía
 Que me sirviera de sostén tu brazo,
 Me le negaste; cuando yo en tu seno
 Quise mi frente reclinar que ardía
 Con fiebre destructora, tú, inflexible,
 Me rechazaste de dureza lleno,
 Y en espantosa soledad moría!
 Carlos, jamás me llamaré tu esposa!»

Lleno de angustia el corazón, despierta:
 Un helado sudor su frente baña:
 El alba tarda de lluvioso día
 Mezclaba ya sus tintas desiguales,
 Y viento y agua con terrible saña
 De su ventana azotan los cristales.
 Pocas horas después llega un correo
 Que le traía carta de su amigo.

«Carlos, querido Carlos! (le decía)
 He respetado ya por tiempo largo
 Tu soledad y tu silencio amargo,
 Pues tu dolor inmenso comprendía;
 Pero ya es tiempo de que al mundo vuelvas
 A cumplir tus deberes: lo pasado
 No debe así tenerte encadenado
 Cual a inútil misántropo en las selvas.
 ¡Cierto que el golpe fué mortal! Que nunca
 Tan pérfida creyera yo a Diana. . . .
 Mas, respóndeme, Carlos, ¿tú lo viste?
 Y aun mirándolo tú ¿no te engañaste?
 Porque del alto pedestal de gloria
 A que subido había, no comprendo
 Cómo quiso Diana descendiendo,
 Que la llamaran de su sexo escoria.

«¿Te acuerdas de la vieja que vivía
 En la quinta, y sirvió, si no me engaño,
 De Mercurio no fiel en tus amores?
 Pues ha venido a la ciudad, enferma:

Ayer me hizo llamar; acudí luego,
 Y me dió para ti la carta adjunta.
 Yo, al suponer que su pobreza es honda
 Y que en su carta auxilio te pedía,
 Dile algunas monedas, y, no obstante,
 En que te la enviara ella insistía,
 Pues que llegue a tus manos le interesa.»

—¿Con qué derecho a traspasar mi asilo
 Mis amigos se atreven? ¿Qué deberes
 Me excitan a cumplir? ¿Qué les importa
 Que yo consuma inútil existencia,
 Si me conformo con vivir tranquilo
 Desde que conocí por experiencia
 Que el vicio triunfa y la honradez aborta?
 Y esa mujer que mi piedad reclama
 Porque el horror de la miseria siente,
 ¿Ignora que es mayor mi desventura?
 ¿Ignora que sospecho que en la trama
 Contra mi dicha urdida, andaba ella,
 A mi rival sirviendo y a su ama?
 ¡Oh! padecer es el común destino!
 Tenga para sufrir filosofía:
 Yo no puedo ni quiero dar consuelos
 Que ningún ser humano me daría.

Dijo así Carlos, y en su mesa arroja
 La carta de la anciana sin leerla.
 Su corazón estaba endurecido,
 Muerto a la compasión: él de rodillas

Al extremo del mundo hubiera ido
 Por escuchar lo que el papel contiene,
 Y semejaba al caminante ciego
 Que, de la sed quemado por el fuego,
 No ve la fuente que a su lado viene.
 Así tal vez su orgullo, su inclemencia,
 De que haciendo él está punible alarde
 Que ha de lavar con lágrimas muy tarde,
 Castiga inexorable Providencia.

TERCERA PARTE.

I.

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto a Diana.—Una lágrima
sobre un sepulcro.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada
En mis humildes versos, habrán dicho
Que en el mundo no existes y engendrada
Fuiste de necio autor por el capricho.
Te confieso —pues eres reservada—
Que todo eso lo había yo predicho:
Tu sensibilidad, tu amor profundo,
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda
El fin de esta leyenda, piensa ahora
Que te disfrazo y que mi pluma tarda
En ser de la verdad reveladora;
Y se figura ya verte gallarda,
Diana entre las selvas cazadora,
Con flechas mil que á tu carcax reservo
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso
 Me enamora tu encanto peregrino;
 Que ante ti me prosterno y á tu paso
 La huella beso de tu pie divino:
 Que ser no quiero en tu alabanza escaso
 Porque de gratitud aguardo en sino
 Leve sonrisa de tu boca pura,
 Mirada intensa de inmortal dulzura.

No, Diana: tú existes, tan hermosa
 Cual no alcanza á idear la fantasía:
 Marchas por una senda misteriosa
 Que acá en la tierra al desengaño guía:
 Es tu suerte la suerte lastimosa
 Del ave que volando al Mediodía
 Sobre el Océano, en su angustioso anhelo
 Sitio no halló donde parar el vuelo.

Tú vives en el mundo y su mirada
 En tu semblante clava codiciosa
 La multitud, sin serle revelada
 Tu noble inteligencia gloriosa:
 Mérito como el tuyo tiene en nada,
 Y sus ídolos falsos ella osa
 Ensalzar, imitando al rey azteca
 Cuando por abalorio el oro trueca.

No, Diana: tú existes, y tu encanto
 Presta valor a la leyenda mía,
 Cual presta su belleza el azul manto

Del claro cielo a la fontana fría.
 Yo tu beldad y tu ternura canto:
 Tiene este libro que de noche y día,
 Lejos del mundo, en acabar me empeño,
 Mucho de realidad, poco de sueño.

Pero ¡amarte, Diana! En la pradera
 ¿Puede abrirse en mitad del crudo invierno
 La flor, hija de tibia primavera,
 Que su miel guarda al pajarillo tierno?
 ¿Ve con orgullo hacia la azul esfera
 Árbol caído ya en olvido eterno?
 ¿Puede el arroyo de cristal luciente
 Retroceder a la nativa fuente?

¡Ay! cuéntales, Diana, a tus lectores
 Que para el pobre corazón desierto
 De tu cantor el sol de los amores
 Es eclipsado sol, astro ya muerto.
 Para él agostáronse las flores;
 Para su nave emborrascóse el puerto,
 Zarzas brotó bajo su pie la ruta;
 Su almíbar ¡ay! se convirtió en cicuta.

Cuéntales cómo, niño todavía,
 Cánticos lleno de entusiasmo alzaba,
 Y mi frente radiosa de alegría
 Al laurel de la gloria preparaba:
 Cómo mi creadora fantasía
 Incierto porvenir coloreaba